

Juan de Castro R.

EXPERIENCIA CRISTIANA Y RECONCILIACION

LA Iglesia universal ora en estos días por la reconciliación. El mundo la necesita como nunca. Muchos la desean, y a la vez son conscientes de la dificultad en conseguirla. Por otra parte, es un dato permanente y central de nuestra fe que la reconciliación ha sido inaugurada en Jesucristo, el cual es nuestra paz. (Ef. 2-11-22).

Por esto emprendemos con gusto la tarea encomendada de escribir sobre la reconciliación, aportando el punto de vista del psicólogo.

Ahora bien, el autor de estas líneas es también un psicólogo cristiano. Alguien que busca integrar la ciencia de la conducta humana en la experiencia del Pueblo de Dios, a la luz de la Palabra y de la ciencia de Dios, que es la teología. No es tarea fácil, pero sí indispensable.

En sus alocuciones sobre el Año Santo, el Papa nos hace ver frecuentemente cómo la reconciliación pasa por el corazón humano. La reconciliación no es sólo entre los hombres, como la urgente necesidad humana pretende enfatizarlo unilateralmente. Es sobre todo con Dios y también con uno mismo, a la vez que con los hombres. Existen profundas razones teológicas para comprender y explicar esta conjunción. No es nuestra tarea hacerlo aquí.

El objetivo de este trabajo es aportar modestamente algo desde un punto de vista psicológico al tema multidisciplinario de la reconciliación. Nuestro aporte será, más precisamente, el punto de vista de la psicología clínica. Esta es una rama de la psicología que estudia el tratamiento de las conductas desadaptadoras de un sujeto. Por lo tanto, aquí no hablaremos de los importantes aportes sobre el tema por parte de la psicología social, de la psicología industrial o de la psicopedagogía, o aún de los aspectos psicológicos de una antropología cultural. Nuestro artículo pretende aportar luz en un campo muy reducido del total de la ciencia psicológica. Sin embargo, siendo ésta una revista de teología, es posible que contribuyamos a sus objetivos propios.

En efecto, psicología clínica, terapia y experiencia de fe son realidades muy cercanas. Así lo ha reconocido la Iglesia, por lo menos implícitamente, en la práctica

de la dirección espiritual (sea cual fuere el nombre que se le haya dado desde los comienzos del monacato hasta nuestros días). Más de algún místico o autor de espiritualidad podría afirmar con nuestro lenguaje actual que "Dios es el mejor terapeuta". Frase quizás muy simple para expresar el misterio del Reino presente en nuestras vidas, produciendo la restauración del hombre con respecto al pecado y a sus secuelas. El término "restauración" será el que aquí utilizaremos para referirnos a la reconciliación.

La reconciliación viene a ser, de hecho, la resultante de la acción restauradora de Dios que nos reconcilia con EL, con nosotros mismos y con los hombres.

En el presente trabajo nos ubicaremos a nivel de lo que podríamos llamar "Psicología de la experiencia cristiana". Mucho de lo que diremos aquí es fruto de nuestra experiencia clínica en este campo, y poco fundado en libros. Si bien es cierto que hay abundante bibliografía sobre psicología religiosa, está centrada sobre todo en temas monográficos concretos como la culpabilidad, la afectividad, etc., y sus repercusiones en la vida cristiana, y, generalmente éstos han sido escritos por psicoanalistas con su punto de vista parcial dentro de la psicología. Algo diremos aquí desde ese ángulo, pero también agregando los aportes de las teorías de aprendizaje, especialmente cuando hablemos de la restauración de las relaciones interpersonales y de la teoría del refuerzo (1).

Sin duda, en este artículo, muchos problemas quedarán sin responder. Otros no serán tocados o lo serán demasiado superficialmente. Pero pensamos que de todos modos será un aporte. Si alguien, después de leerlo queda interesado en buscar con mayor ahínco el rostro de Dios en su vida concreta, nos sentiremos más que contentos. Que ello repercuta en la reconciliación con los hombres.

I. LA DIVISION DE LOS HOMBRES EN TERMINOS DE "HERIDAS" ESPIRITUALES

En los escritos sobre espiritualidad cristiana se halla frecuentemente la expresión "heridas del pecado", o se habla de nuestra naturaleza humana "herida por el pecado". La mayoría de las veces se ha querido expresar, en esta forma, un aspecto experimentable de la realidad teológica del pecado. Cuando usamos este vocablo, pretendemos referirnos a una incapacidad nuestra para alcanzar una

(1) La investigación bibliográfica demuestra al respecto que, bajo el título de "Psicología religiosa", se engloban muchos subtemas. Y más que de una psicología religiosa, frecuentemente se trata de una "Psicología de la Religión", que no expresa nuestras perspectivas. En efecto, bajo el título en Psicología de la Religión está lo que nosotros entendemos por psicología religiosa, pero en ella se estudian, más que los aspectos empíricos, las relevancias filosóficas (tipo "psicología racional") y el fenómeno mismo de la religión como tal en el hombre; Cfr. CRUCHON, G., *Initiation a la Psychologie dynamique*, Mame, Paris, 1963, pp. 23, 36-38, 76, 77, 80, 226, passim. Este autor, recorriendo la historia del concepto, pone de relieve este problema. También en la línea de una Psicología de la Religión, podemos citar a FOLL, W., *Psicología de la Religión*, Herder, Barcelona, 1969; VERGOTTE, A., *Psychologie religieuse*, Dessart, Bruxelles, 1966.

meta, para realizar una acción, para detener u orientar los impulsos más fuertes de nuestro organismo, para manifestar la experiencia de un bloqueo psicológico. Lo solemos usar también para expresar nuestras experiencias psicológicas dolorosas: nuestros miedos, angustias, timideces, culpas, las cuales nos paralizan momentánea o definitivamente, y nos hacen tomar sendas de evasión o escape de la situación conflictiva.

¿Cómo hemos llegado a experimentar que tenemos heridas, que hemos sido heridos o hemos herido a otros?

Si miramos la historia de nuestra vida nos encontraremos con una serie de acontecimientos más o menos dolorosos a nivel de nuestra inteligencia o de nuestra emotividad. De ahí el término de "heridas". El ser humano nace con una tendencia espontánea a responder a los estímulos del medio a través de las emociones: alegría, tristeza, dolor, amor, rencor, rabia, etc. Estas son respuestas más o menos fugaces de nuestra afectividad que van cimentando el ánimo y los sentimientos como reacciones más permanentes y profundas en la estructura de la personalidad. Debemos reconocer con muchos autores que existe también en nosotros una tendencia básica, muy honda y totalizante, que nos lleva a buscar una buena relación con nuestro medio. Una relación con las personas, especialmente; pero también con las cosas y situaciones, relación que vaya en el sentido del crecimiento y del desarrollo armónico de nuestras capacidades, orientado al bienestar, a la paz y a la felicidad del individuo. Nuestro ser tiende a mantener las conductas que van en este sentido positivo a través de la repetición, y a rechazar o a evitar las conductas que sienta como dañinas o dolorosas. Es decir, usando más en general el lenguaje de las teorías de aprendizaje, aumentará la probabilidad de repetir una conducta cuando esta sea reforzada positivamente y disminuirá esa probabilidad cuando no haya refuerzo, o el refuerzo sea negativo (castigo, por ejemplo). Esto dentro de determinadas condiciones que ha establecido la investigación científica.

Pues bien, ya desde nuestra primera infancia, estas tendencias pueden ser frustradas. Basta poner algunos ejemplos a nivel de nuestras emociones: casi todos los niños han experimentado la frustración, cuando se acercaban a su padre cariñosamente, buscando "el regaloneo" y fueron rechazados bruscamente por éste, que les pedía más tranquilidad o mejor comportamiento, o que lo dejaran en paz. Casi no existe niño tampoco que no haya sufrido —justa o injustamente— el castigo físico por parte de sus mayores. Cualquiera sea la situación, el castigo físico duele de todas maneras. Los autores psicoanalistas describen frustraciones ya a nivel de los primeros meses de vida. Piensan ellos que estas "heridas" dejan huellas importantes en la vida. Por ejemplo, cuando el niño tiene mucha hambre —y toda la relación con el mundo la realiza a través del pecho de su madre— y ésta lo hace esperar demasiado tiempo. Estas situaciones pueden llegar a ser experimentadas como verdaderos peligros de muerte. Indudablemente que dejarán alguna huella dolorosa en nuestra estructura reactiva general y particularmente en la afectiva. Podrían multiplicarse los

ejemplos sobre el número y la calidad de nuestras frustraciones en dar y sentir amor a lo largo de nuestra vida.

Pero no sólo la afectividad es sede de "heridas" espirituales. También lo es la inteligencia, esa capacidad de hacer nuestro el mundo a través del conocimiento. Los seres humanos estamos hechos para una visión directa de las cosas, para ponernos en contacto transparente, por así decirlo, con la verdad. Tenemos derecho a ella. Sin embargo también desde pequeños experimentamos que nuestros mayores nos engañan, nos mienten, guardan silencio frente a nuestras preguntas, responden con evasivas, con molestia o ira, etc. Junto a las experiencias de auténtica verdad, tenemos también experiencias de oscuridad y de mentira en nuestra vida. Pensemos en los cuentos del viejito pascuero, en las distintas expresiones de cómo los niños vienen al mundo, en otras respuestas inexactas a nuestras preguntas infantiles, etc.

De este modo, junto a una auténtica tendencia a ser, a amar y a ser amado, a conocer y a expresar la verdad, a establecer relaciones de buena calidad con el mundo, el hombre experimenta simultáneamente frustraciones en estas tendencias que, poco a poco, lo hacen vivir en un estado alerta frente al ambiente circundante.

Es de esta situación de conflicto casi permanente de orden psicológico, que se originan los famosos mecanismos de defensa descritos por el psicoanálisis, o las respuestas de evasión o escape, según la nomenclatura de las teorías del aprendizaje.

Sea cual fuere la posición que tomemos, estas conductas tienen una función defensiva o adaptativa de vital importancia para el individuo. Por una parte, preservan su unidad psicológica; por otra, facilitan la adaptación del sujeto a su medio ambiente. Sin embargo, hay un grado de defensa y de rigidez que no va a ser siempre positivo en su utilización, por lo demás inconsciente. El psicoanálisis describe diversos mecanismos de defensa, como la proyección, la improyección, la disociación, la negación, la represión, la sublimación, etc., que van estructurando esa costra o máscara que oculta las debilidades venidas de nuestras heridas y nos dan una apariencia inauténtica.

En palabras más simples, nadie es un genio creador, al menos radicalmente. Nuestras conductas son originadas y mantenidas por la experiencia misma. Son fruto del aprendizaje. Aquellas conductas que son satisfactorias en algún sentido, que proporcionan seguridad, placer y satisfacción, utilidad, etc., tenderán a ser repetidas por el sujeto, es decir, aumentarán la probabilidad de su repetición. Si vemos que con el engaño —que hemos aprendido de los otros— podemos obtener seguridad y dominio sobre los demás, buscaremos engañar. Si vemos que a esa persona que nos hizo daño afectivo y despertó en nosotros rabia, podemos devolverle la mano en alguna forma y que ello da resultado, también tenderemos a hacerlo. De este modo a un nivel individual ocurre la realización psíquica del dicho: "Siembra vientos y cosecharás tempestades".

Así como nuestra vida tenderá a la verdad, al bien y al amor, estará también salpicada en mayor o menor grado de mecanismos de defensas, de reacciones

agresivas y destructoras. En una palabra, estará sumida en la ambigüedad. Junto a los grandes momentos de alegría, satisfacción, amistad, compañía, verdad y bienestar general, tendremos también momentos de amargura, dolor, tristeza, ira, etc., que despertarán los consiguientes mecanismos de defensa con su rigidez e inflexibilidad desadaptadora.

Pensamos que ésta es una buena forma de describir —muy parcialmente por cierto— la experiencia de la realidad teológica del pecado. ¿Quién de nosotros no desearía que no se hubieran formado estas heridas espirituales en nuestra vida y poder así eliminar lo negativo y multiplicador de heridas de nuestro mecanismo de defensa? Pero es algo que no está al alcance de nuestras posibilidades. Allí está “funcionando” automáticamente, como una manifestación precisa de aquel mal profundo, anónimo, real y colectivo que opera en nosotros y en la sociedad, abatiendo todo lo que el hombre toca, con su ambigüedad (cf. Rom. 8, 18-23).

A un nivel social y cultural, no es extraño, pues, que también nos encontremos con las consecuencias de estas heridas. Las obras humanas, como el autor de ellas, no pueden ser sino también ambiguas. Es cuestión de recorrer los postulados teóricos de nuestras instituciones políticas, culturales, e incluso religiosas, y compararlas con la realidad, para darse cuenta de esa verdad. El mundo mismo en el que nos desenvolvemos (política, economía, cultura, relaciones sociales, etc.) es esencialmente ambiguo.

II. LA RESTAURACION DEL HOMBRE POR LA FE EN JESUCRISTO

“¿Y con todo eran nuestras dolencias las que El llevaba y nuestros dolores los que soportaba? Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado”.

“El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus moretones hemos sido sanados...” (Isaías 53,4 al 5).

“Es, pues, la fe en Jesucristo la que lo ha restablecido totalmente delante de todos Uds.” (Hechos 3,16).

Existe toda una tradición desde muy antiguo en la Iglesia. Ella remonta a las curaciones que el mismo Jesús hacía entre el pueblo de Israel. Esas innumerables curaciones eran un signo de que el Reino de Dios había comenzado con El y que el hombre podría así ser restaurado definitivamente. No es por casualidad que salud y salvación tienen la misma raíz y que en algunos idiomas, como el griego y el latín, se indiquen con la misma palabra. La visita de Dios a la humanidad hecha en Jesucristo y, sobre todo, el poder desplegado en su resurrección, estaban ya presentes anticipadamente en las curaciones que el Señor hacía en el pueblo, tanto en las

físicas como en las "sanaciones interiores", de tipo psicológico, muchas de las cuales eran atribuidas a malos espíritus.

Esta señal de la presencia de Dios y de su poder amoroso sobre la naturaleza, aceptada en la conciencia de la gente por la fe y manifestada en la mejoría y obtención de salud, también se percibe claramente en los albores de la Iglesia. En efecto, uno de los primeros hechos de los Apóstoles después de Pentecostés, cuando éstos fueron "revestidos del poder de lo alto" (Lc 24,49), la encontramos en la curación del tullido de nacimiento realizada por Pedro y Juan en la puerta Hermosa del templo de Jerusalén. Pedro mismo se encarga de responder a la admiración de sus hermanos: "Ese hombre no ha sido sanado por un poder de él y de Juan, ni siquiera por una especial santidad, sino que sobre esa enfermedad ha sido invocado el poder mismo de Jesucristo; es en su nombre que el tullido se ha levantado y que sus pies se han consolidado" (Hechos 3,1-16).

También desde la Iglesia primitiva y hasta nuestros días se conserva entre nosotros el sacramento de la santa unción de los enfermos. Este signo de la fe, que acabamos de recibir restaurado en su liturgia, pretende devolver, en uno de sus efectos y por el poder de Jesucristo, la salud al enfermo o, si esto no entra en el designio del Señor, su salud definitiva después de la muerte:

Señor nuestro Jesucristo,
 que para salvarnos
 y sanar todas nuestras dolencias
 quisiste compartir nuestra condición de hombres:
 te encomendamos a tu servidor (a) N
 que desea recuperar su plena salud
 y a quien en tu nombre hemos ungido,
 para que lo (a) fortalezcas con tu gracia,
 lo (a) consueles con tu visita,
 y así, superados todos sus males,
 se mejore de su enfermedad.
 Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos, AMEN.
 (Ritual romano para Chile, p. 43).

Esto nos está señalando algo muy profundo pocas veces puesto de relieve en la catequesis ordinaria de la Iglesia: pecado, enfermedad y muerte están en estrecha relación. La enfermedad que finalmente lleva a la muerte, no es más que cristalización, por así decirlo, del pecado que está en nosotros, aun cuando hemos sido restaurados por la gracia y por la misericordia de Dios: "Si Cristo está en Uds., aunque la muerte debida al pecado permanezca en el cuerpo, el espíritu vive por haber recibido la gracia" (Rom 8,10). El Apocalipsis da a entender esto mismo, pero en su forma inversa: "Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada

entre ellos y ellos serán su pueblo y El, Dios —con— ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado” (Ap. 21,3 y 4).

Santo Tomás, bautizando la psicología aristotélica, concebía esta presencia de Dios ya comenzada en nosotros por la fe en Jesucristo —en un aspecto importante— como una auténtica restauración psicológica. En efecto, la gracia santificante, “educada de la potencia obediencial de la materia” (es decir creada a partir de nuestra propia naturaleza) es fundamentalmente una gracia sanante para ser también elevante: la presencia de Dios, a través del Espíritu Santo, sana en nosotros las heridas del pecado y, al restaurarnos, también nos capacita para hacer obras de Dios en nuestra naturaleza.

Santo Tomás no hizo otra cosa que expresar en términos teológicos aquello que la Sagrada Escritura expresa en términos de experiencia cristiana. El capítulo de la epístola a los Gálatas 5^o describe las obras de los que viven bajo la carne y el fruto de los que viven en el espíritu: “Las obras de la carne son negativas, oscuras, destructoras, separatistas, egoístas”. Están señalando así en todo momento las conductas emitidas en base a los mecanismos de defensa frente a nuestras heridas, que señalábamos más arriba. El fruto del Espíritu es un despliegue en abanico de la presencia del Dios amor, “amor, alegría y paz; generosidad, comprensión de los demás, bondad y confianza, mansedumbre y dominio de sí” (Gál. 5, 22-23).

Tanto la teología clásica como la Sagrada Escritura, en sus distintos niveles de explicación de la presencia de Dios en el discípulo de Jesucristo, nos hablan de una restauración de nuestra inteligencia para conocer la Verdad que es el Hijo del Dios vivo. Ella no se puede alcanzar, sino saliendo de la oscuridad del pecado y después de haber recibido la luz del Espíritu Santo.

“En ese mismo momento, Jesús, movido por el Espíritu Santo, se estremeció de alegría y dijo: ‘Padre, Señor del cielo y de la tierra, yo te bendigo porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y se las has mostrado a los pequeños... nadie sabe quién es el Hijo sino el Padre, ni quién es el Padre, sino el hijo y aquel a quien el Hijo quisiera dárselo a conocer’” (Lc. 10.21-22).

También la mirada práctica y el conocimiento “espiritual” de nuestra inteligencia, de la orientación de nuestra vida que, por supuesto, no es puramente intelectual, es restaurada y capacitada por la sabiduría y la ciencia que nos viene de Dios mismo. Es ella la que ilumina “los ojos de nuestro corazón” para que podamos llegar a un conocimiento perfecto de Dios (Ef. 1-17-18). Nuestra capacidad afectiva es también restaurada a impulsos del Espíritu Santo, a través del amor de Dios derramado en nuestros corazones (Rm. 5,5).

Pero quisiéramos mostrar en forma algo más sistemática e integralmente la importancia de la Fe en Jesucristo para el desarrollo de la personalidad. Como podrá apreciarse, la fe, en sus distintos aspectos, contribuye a fortalecer los elementos positivos dentro de la ambigüedad psicológica del hombre. Permítasenos aquí recurrir

a un esquema que, además de ser muy serio en cuanto a su procedencia y fundamentación, se presta admirablemente a nuestro propósito. Se trata del cuadro elaborado por E. Erikson referente a las crisis psicosociales.

En este breve bosquejo quisiéramos demostrar el supuesto teológico de que la irrupción de Dios en la vida del hombre, por la fe en Jesucristo, conduce a una liberación y al fortalecimiento de sus posibilidades, como comienzo de una salvación final y definitiva.

Nuestra elaboración será necesariamente breve y esquemática. No creemos que sea éste el lugar adecuado para explicar el conjunto de la teoría eriksoniana, ni tampoco para hacer una elaboración teológica detallada (2).

A. Las crisis psicosociales y la fe cristiana

El esquema de Erikson, que puede visualizarse en la página siguiente, contiene tres elementos (a los cuales añadimos un cuarto, relacionándolo con aquéllos):

1. **Edades del Desarrollo:** Corresponden a aquellas que se pueden encontrar en cualquier manual.

2. **Fases Psicosexuales:** Son las etapas psicosexuales comúnmente aceptadas en el psicoanálisis y en correspondencia con las edades del crecimiento.

3. **Crisis Psicosociales:** Aquí está el aporte propio de Erikson. Se trata de "crisis", es decir, de momentos vitales en la biografía de cada hombre, en el contexto de su edad y de su fase psicosexual, donde se produce una nueva diferenciación y una nueva estructuración de la personalidad. Normalmente la crisis no se resuelve en un "todo o nada" (o confianza o desconfianza), sino en un mayor o menor éxito o desmedro en el desarrollo positivo. Estas crisis, finalmente, corresponden a un ajuste del yo al medio interpersonal y cultural en el que se vive y van construyendo la madurez de la personalidad, la cual es participación y acción, cada vez más amplias, en el propio mundo.

4. **Actitudes Cristianas:** Preferimos llamarlas "actitudes" y no "fortalezas", como lo hace Erikson, ya que esta segunda palabra es la traducción castellana del término latino "virtus", el cual implica, a su vez, el concepto griego de "areté" que es bastante preciso y con una gran tradición tanto en la filosofía como en la teología de las "virtudes". Las virtudes pertenecen a un cuerpo muy sistematizado por Aristóteles y luego por Sto. Tomás de Aquino. Comprometerse con la palabra es, pues, comprometerse con todo el sistema. Por otra parte, la palabra "actitud" calza perfectamente con lo que queremos expresar con el concepto "virtud". Incluso lleva consigo el elemento dinámico tan importante en la "virtud" aristotélica.

(2) Sobre las etapas del desarrollo yoico y las crisis psicosociales, cfr. E. ERIKSON, *Infancia y Sociedad*, Hormé, Buenos Aires, 1966, pp. 171-250; *Insight and Responsibility*, Norton, New York, 1964, pp. 109-158.

Es en base al análisis que hace de Erikson de cada una de las categorías intervinientes en las crisis psicosociales, que hemos tratado de construir un paralelo en términos de actitudes cristianas que paulatinamente se van estructurando en la personalidad del hombre consciente de su fe, y reforzando la dinámica de progreso de esas crisis. Para ello, hemos recurrido a la teología bíblica y a la lectura directa de los textos del Nuevo Testamento. Indudablemente no es un trabajo de pura presentación bíblica, sino que nuestro propósito explícito ha sido buscar aquellas actitudes que constituyen efectivamente, en su concepto neotestamentario, un paralelo a las crisis eriksonianas.

I EDADES DEL DESARROLLO	II FASES PSICOSEXUALES	III CRISIS PSICOSOCIALES	IV ACTITUDES CRISTIANAS
INFANCIA	Oral-Respiratoria (Modo incorporativo)	Confianza/Desconf.	Fe-Esperanza
	Anal-Uretral (Modo Retentivo-eliminativo)	Autonomía/Vergüenza, Duda.	Justicia y Autenticidad
EDAD DEL JUEGO	Infantil-Genital (Modo Intrusivo)	Iniciativa/Culpa	Capacidad de Conversión
EDAD ESCOLAR	Período de Latencia	Industria/Inferioridad	Perseverancia activa Gozo y Optimismo
ADOLESCENCIA	Pubertad (Madurez genital)	Identidad/Difusión de identidad	Identificación con Cristo
JUVENTUD	Genitalidad	Intimidad/Aislamiento	Amor
ADULTEZ		Generatividad/Estanca- miento y Absorción en sí mismo.	Espíritu de servicio y sen- tido apostólico
MADUREZ		Integridad/Desespera- ción y malestar consigo mismo	Madurez cristiana

Explicitamos a continuación el paralelismo que señalamos entre las crisis psicosociales (Col. III) y las actitudes cristianas (Col. IV):

a) Confianza - FE Y ESPERANZA

Según Erikson, la confianza implica esencialmente:

- Confiar en otros.
- Capacidad de recibir y de depender de otros.
- Cierta seguridad en sí mismo.

La Fe-Esperanza refuerza la confianza:

- Confiar en Dios, por la fe, es absolutizar, como un valor, la confianza en el ser humano (con las limitaciones del caso).
- Esperar en Dios es esperar de los demás, porque en Cristo cada hombre es un absoluto y porque, si Cristo conduce la historia, los fracasos no son sino accidentes en un progreso continuo ("Glorificación escatológica"— "Revelación plena de los hijos de Dios"— "Nuevos cielos y nueva tierra").
- La doctrina de la Providencia (que no es extrínseca al hombre, sino que se inserta en su vida y en su acción) contribuye también a reforzar la seguridad en uno mismo. Sobre esto volveremos a insistir un poco más adelante.

b) **Autonomía - JUSTICIA Y AUTENTICIDAD**

En Erikson, la autonomía implica esencialmente:

- Afirmación y expresión de sí mismo;
- Respeto de la autonomía de los otros;
- Mantener un cierto control de sí, sin perder la autoestimación;
- Cooperación con los demás.

La Justicia y la Autenticidad cristianas refuerzan la autonomía:

- Por razón de la dignidad del hombre nuevo en Cristo, llamado a un acabamiento total en el Reino, se reconocen y se promueven sus auténticos valores y derechos, buscando su liberación de toda opresión.
- La autenticidad cristiana es, a su vez, la liberación de toda insinceridad (vergüenza y duda eriksonianas) e hipocresía (aparentar a través de una máscara). Ella se opone a todo espíritu moral legalista y rígido, al formalismo y al convencionalismo inhumano. No es otra cosa que la humildad evangélica: la verdad sobre uno mismo.

c) **Iniciativa - CAPACIDAD DE CONVERSION**

La iniciativa en Erikson supone básicamente:

- Formación radical de un super-yo bueno que se traduzca en participación responsable en tareas;
- Todo ello frente al moralismo, a la intolerancia y a la autorrestricción.

La capacidad de conversión refuerza esa dinámica:

- Fortalece un yo (no el super-yo, aunque a menudo la expresión cristiana de los últimos siglos lo haya hecho) en la línea de reconsiderar la propia vida y los propios actos (metanoia, poenitentia) y ser así capaz de reparar (doctrina del perdón y de la reconciliación).

d) **Industria - PERSEVERANCIA ACTIVA, GOZO, OPTIMISMO**

— La Industria en Erikson es una capacidad del yo (yoica) de dirigir energías hacia un fin y de mantener la movilización de los recursos hasta que la finalidad o tarea esté acabada.

La actitud cristiana que refuerza esa "Industria" es la Perseverancia activa (esta expresión quiere traducir la palabra utilizada por San Pablo "hupomoné", la cual no tiene equivalente exacto en castellano. Suele traducirse con el término "paciencia"; pero en realidad esta palabra tiene otro significado para nosotros). Es lo mismo que dice Erikson, pero referido a la fe y al Reino. Todo ello cargado de gozo y optimismo ante un Porvenir Absoluto, ya presente.

c) **Identidad - IDENTIFICACION CON CRISTO**

En Erikson, ello significa:

— Llegar a saber y a vivir la experiencia de quién soy yo en mi mundo, para mí mismo y para los demás.

La Identificación con Cristo la refuerza:

— Cristo, como punto de referencia clave de la vida (camino, verdad y vida, alfa y omega), se ubica personalmente en la humanidad y en la comunidad cristiana. Esa ubicación personal también es reforzada en el sentido de que la identificación con EL nos constituye, en alguna medida, como EL en un ser-para-otro.

f) **Intimidad - AMOR**

La Intimidad en Erikson es:

— La capacidad de establecer relaciones íntimas y significativas con otros (especialmente las heterosexuales) en interacción satisfactoria y productiva.

En cuanto al amor cristiano:

— Es el mandamiento cristiano por excelencia, y es obvio que refuerza la intimidad.
 — La comunidad cristiana (iglesia) como lugar preferencial de realización de las ligazones fraternas e instrumento de fraternización de la humanidad.
 — También mucho habría que agregar acerca de los refuerzos que aporta el sacramento del matrimonio.

g) **Generatividad - SERVICIALIDAD Y SENTIDO APOSTOLICO**

Por generatividad se entiende fundamentalmente:

— La capacidad de producir y de crear algo, de sentirse útil en el enriquecimiento de la vida de los demás. Gran interés por los otros.

En cristiano, ello es reforzado:

- Por el espíritu de servicio, típico de la condición cristiana: “No he venido a ser servido sino a servir”. Tanto en forma personal como comunitaria (la Iglesia). Impregnación del trabajo como servicio. Capacidad de postergar intereses propios en favor de intereses del prójimo. Mejoramiento de la condición humana integral.
- El gran servicio es el apostolado: anuncio de la Buena Nueva: dar la vida por la predicación de Cristo.

h) Integridad - MADUREZ CRISTIANA

En Erikson, la Integridad es:

- La integración de todos los elementos anteriores en un “pattern” estable y satisfactorio de vida más o menos acabado (autorrealización).

El ideal de madurez cristiana también ayuda en ese sentido:

- Integración de todas las anteriores actitudes en la relación personal y viva con Dios.
- Llegar a ser, en alguna medida, “como EL en el mundo” (S. Juan). Especialmente por la realización integradora del amor en toda la existencia.
- La vida como realización anticipada del Reino: plenamente yo individual (autonomía, identidad) y plenamente en comunión con otros (confianza, iniciativa, industria, intimidad y generatividad). Es decir, “Dios todo en todos” (S. Pablo) y, por eso, el hombre plena y definitivamente acabado.

Como el mismo E. Erikson lo hace notar, en el desarrollo humano hay cada vez una mayor flexibilidad en la interconexión de las distintas etapas. Esta flexibilidad es mínima a nivel del desarrollo físico-biológico, y va aumentando en los niveles psicosexuales y psicosociales (afluencia de lo interpersonal y lo sociocultural). A nivel de las actitudes cristianas, por la palabra de Cristo sabemos que EL actúa en lo más recóndito de las conciencias iluminando, fortaleciendo y estimulando la plena libertad de los seres humanos. Por tanto, tomado todo este esquema como una estructura cada vez más flexible y menos rígida, cada vez más diferenciada y rica, también aquí la estructura de la personalidad cristiana refuerza la dinámica del desarrollo de la persona.

Todo esto que hemos expuesto en forma sistemática en base a un autor, constituye un análisis de lo que puede significar para alguien la llegada de Dios en forma personal a la propia vida.

¿Quién de nosotros no anhela confianza, amor y sentido de la existencia? Pues bien, Dios no es sino el absoluto de esa confianza que se enraíza en nuestra inseguridad. ¿No es de la raíz hebrea “aman” (de donde deriva nuestro “amén) —que significa depositar confianza en alguien—, de donde viene nuestra palabra fe? ¿Dios no es llamado múltiples veces en las Sagradas Escrituras la roca, el es-

cudo protector, mi fortaleza, el Señor Todopoderoso, etc.? Si Dios llega a nuestras vidas y ponemos de relieve su providencia, fuera de la cual ni siquiera un pelo de nuestra cabeza existe (cfr. Mt. 6, 24-32), nuestras inseguridades, miedos y ansiedades, tienden a ser superados con la serenidad, la paz y la confianza que derivan de la conciencia de su cuidado por nosotros. León Bloy decía que todo lo que sucede es maravilloso, porque o bien Dios lo quiere explícitamente y su voluntad es siempre maravillosa, o bien Dios lo permite, y aun en ese caso es maravilloso, "porque todo coopera al bien de los que aman a Dios".

Según la experiencia clínica y hablando sin mayor análisis, parece que la mayoría de nuestras heridas vienen de una frustración en nuestra búsqueda de la buena vinculación afectiva: poder experimentar que amamos y somos amados. Una de las heridas más profundas y frecuentes en la raíz de la neurosis se encuentra en la ausencia de una imagen paterna o materna de buena calidad y de su correspondiente relación filial. Incluso algunas veces, no existe la imagen paterna o materna (esto es frecuente en los medios populares donde el abandono del hogar no es raro). Dios, que es padre y madre, hermano, vida, amigo y todo, viene a restaurar en nosotros, con su gracia (que no podemos medir), y con su Evangelio (del cual sí podemos ser conscientes), estas imágenes inadecuadas o inexistentes. Recordemos aquella historia o leyenda —no lo sabemos— según la cual San Francisco predicó durante dos horas diciendo: "Hermanos, ¡Dios los ama!"; "hermanos, ¡Dios los ama!"; y la gente —dice el cronista— lloraba de felicidad. A veces nos da miedo sentir a Dios y experimentar su amor. No siempre nos da miedo por las razones que expresan nuestros mecanismos de defensa de la racionalización de la vida. A veces nos da miedo, porque Dios mismo nos da miedo. En el fondo, porque no hemos tenido la experiencia del amor de Dios hasta arrancarnos lágrimas de alegría. "No somos nosotros los que hemos amado a Dios, sino que EL nos amó primero y envió a su Hijo como víctima por nuestros pecados; en esto está el amor (I. Jn. 4, 10). Ahí está el rol de la oración. No conocemos otro medio de disponernos a crecer en la obra de restauración y de liberación psicológica que la oración. Ella constituye el medio normal con que Dios nos visita y se introduce en nuestras existencias hasta el "fundus animae". Hemos visto a pacientes que han acudido a nosotros, sobre todo religiosas, mejorar rápidamente cuando aprenden a orar conforme a las necesidades de su personalidad. Hay casos en que el autor de estas líneas no ha podido ni siquiera ayudar con alguna técnica psicológica y no obstante la persona ha sido dada de alta. Su vida ha sido transformada al transformar ella su relación con Dios.

Un ejemplo (tonto y limitado como todo los ejemplos, pero útil) puede servirnos para fundar la necesidad en nuestras vidas de una oración gratuita, prolongada y personal.

Si uno introduce un palito en el fuego y apenas introducido lo retira, el palito recibe sólo superficialmente los efectos del fuego, para perderlos en seguida. Se calienta, pero luego se enfría. Por el contrario, si mete el palito durante largo

rato, de la naturaleza misma de la madera surge también la capacidad de producir fuego, bajo el impulso del fuego donde ha sido metido. Recordemos que el Espíritu Santo es frecuentemente expresado en términos de fuego en las Sagradas Escrituras: "El os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego" (Lc. 3, 16).

Nuestra naturaleza humana necesita tiempo para que la acción de Dios produzca en nosotros transformación. No porque Dios no sea capaz de transformarnos en un segundo, por así decirlo. Pero ese no es el camino normal. El quisiera, seguramente, darnos rápidamente la plenitud de su Reino. Somos nosotros quienes somos incapaces de soportar en la presente situación esa plenitud. Imaginemos que a una persona que ha vivido por largos años con un ánimo depresivo le dan la plenitud de la alegría que tendremos en el Reino de Dios. Sin lugar a dudas sufriría un brote de esquizofrenia o un infarto cardíaco, o cualquier otra crisis que la llevaría a la muerte: "Nadie puede ver a Dios y vivir".

A la oración se debe ir en forma gratuita; uno tiene que dejarse tocar por Dios (como el palito en el fuego); buscar su palabra; poner la propia vida incondicionalmente en sus manos; rogar que nos use como instrumentos suyos para hacer llegar su Reino a nuestros hermanos los hombres; pedir que el Espíritu Santo nos penetre y nos transforme en llama; que el fuego purificador sane las heridas del pecado en nuestra naturaleza y la restaure. No se debe ir a pensar problemas, a leer libros o a hacer otra cosa que no sea oír lo que Dios quiera sugerir por su Espíritu que ora en nosotros (Cfr. Rom. 8, 15-16, 26-27).

Es muy importante también saber orar en forma personal, saber dirigir a Dios nuestro clamor con lo que auténticamente somos; evitando todo artificio y falta de genuinidad en nuestra oración. Si tenemos penas, pedir la alegría. Si nos sentimos tímidos ante determinada situación, rogar al Señor que venga con su fortaleza y su poder. Debemos restaurar así nuestras imágenes profundas de padre, de madre, de hijo. Pedir por la curación de nuestras heridas afectivas o intelectuales que están al origen de nuestros miedos, culpas irracionales, angustias. Nuestra oración —nuestro encuentro personal con la presencia salvadora de Dios en Jesucristo— no puede ser igual todos los días, ni menos aún normal. Nuestra vida no es igual todos los días. Nosotros mismos no somos iguales.

Es bueno aprender a dar a la vida una tónica de alabanza y de agradecimiento. Por la alabanza cumplimos con la meta primordial de nuestra existencia, tan fuertemente recalcada por San Pablo y por la teología tradicional. Hemos sido creados para la alabanza de la gloria de Dios (Cfr. Ef. 1, 5-6, 12, 14). Alabar a Dios tiene que llegar a ser una expresión casi connatural al hecho de habernos encontrado con EL. Alabanza implica reconocimiento de su grandeza, de su bondad y de su misericordia; implica alegría, sumisión gozosa al querer de Dios. Si aprendemos a alabar y a bendecir, no sólo en la oración, sino también en los acontecimientos, en las situaciones y en los encuentros de la existencia, estaremos cambiando tristezas, amarguras, desesperanzas y frustraciones, por un espíritu "más positivo".

Con nuestra alabanza, estaremos diciendo que Dios está en nuestra vida y que, aún en el dolor y en lo oscuro de la vida, nuestra alma está agradecida y en unión con Aquel que sostiene toda las cosas con su palabra poderosa.

Hemos visto en la experiencia clínica que el aprender a alabar a Dios en la vida, produce gradualmente —en la medida del aprendizaje— un fuerte condicionamiento que cambia profunda y positivamente la personalidad. Alabar y bendecir a Dios es asociar todo lo que ocurre con el amor, la presencia y la bondad de Dios. Ello es contradictorio con muchos elementos que configuran en nosotros lo que llamamos comúnmente una "personalidad negativa". Hemos visto a gente despertar a la alegría; a otros, los hemos visto empezar a vivir agradecidos y maravillados, aún en lo negativo. No se trata de esconder la cabeza, como la avestruz, ni de alienar nuestro espíritu frente a la realidad dura de la existencia. Se trata de descubrir precisamente ahí, en esa realidad dura, lo positivo que ella entraña. Recordemos que según la teología clásica, el pecado y el mal son una ausencia del bien, un vacío y una añoranza. Cuando recorremos las páginas del Evangelio y observamos "la personalidad" de Jesús en el sentido humano-psicológico, ni aún en los momentos duros encontramos una palabra de reclamo agrio, amargado y frustrado, como la encontramos a cada paso en nosotros mismos, cuando no hemos aprendido a descubrir a Dios en lo real de nuestra vida.

¿Y la ayuda técnica? Ya hemos dicho antes algo de ella al hablar de la oración, como encuentro con Dios. Pero también las técnicas estrictamente psicológicas, derivadas del conocimiento de las leyes de la conducta humana, son una manera de disponernos, por lo menos, a recibir la visita que el Señor quiere hacernos. Quién sabe si no son incluso una auténtica llegada de Dios. En todo caso, no habría que disociar nuestra experiencia de la fe de las técnicas psicológicas, como tampoco hay que disociar el Dios de la creación, del Dios de la salvación. A veces nos ha tocado observar que Dios llega tan profundamente a un ser humano, que éste se siente sanado radicalmente de sus problemas. Se siente otro y eso es importante, pero sus conductas siguen todavía respondiendo a la ley de los refuerzos y de la fuerza del hábito. Habría que pulir esas conductas. Dios lo hará a través de las técnicas que la ciencia humana ha ido elaborando.

b) La teoría del refuerzo positivo y la restauración de las relaciones interpersonales

Gran parte de las aspiraciones de felicidad del ser humano están centradas en establecer relaciones interpersonales de buena calidad. Tener amigos; más todavía, sentirse amigo; amigo de mucha gente y, en lo posible, amigo de todos; poder establecer vínculos verdaderos de simpatía recíproca; sentirse bien, en fin, en la compañía de cualquiera, y hacer sentirse bien a cualquiera en la compañía de uno. Experimentar cierta dignificación y que los demás puedan también sentirse dignificados, alimentados y más desarrollados, con cada contacto humano. Aumentar la

propia apertura y, en la medida posible, la de los otros, la universalidad. En una palabra, ampliar el mundo recíproco y la libertad del pensamiento, de las emociones y de los sentimientos. Tal vez más estas últimas que la primera, ya que parece ser lo más inmediatamente necesario para la experiencia del crecimiento y de la felicidad. En otras palabras: experimentar una "buena salud" en las relaciones mismas con todos los demás, oscurecidas por el miedo social, por prejuicios de cualquier tipo, por la propia inseguridad, la angustia o la ansiedad, por la estrechez de los pensamientos, la dificultad, la inhibición o la inadecuación para expresar lo que verdaderamente se piensa y se siente, etc.

Esta enumeración detallada de las distintas posibilidades se sintetiza en el mandato del amor al prójimo. Mandamiento del todo especial junto al del amor a Dios, con el cual, y en segundo lugar, forma un todo aparte respecto a toda otra expresión de la voluntad de Dios sobre el hombre. Es lo más simple y lo más difícil en la vida del discípulo de Cristo, pero a la vez lo más profundo, donde en resumidas cuentas la salvación se hace presente.

En todo esto hay dos aspectos importantes señalados por las teorías del aprendizaje: la asertividad y la capacidad de dar y de recibir refuerzo positivo ("habilidad social" de Lowinsohn). Quisiéramos reflexionar un poco sobre esto último.

No podemos aquí hacer una exposición científica de lo que es la teoría del refuerzo y de sus diversas variantes explicativas. Diremos sólo, en forma muy general, que por refuerzo se entiende todo suceso que, siguiendo a una conducta emitida por un sujeto hace que éste tienda a repetir tal conducta (la cual, así, ha sido "reforzada"). Nosotros tendemos a no realizar las conductas que se refuerzan negativamente, o bien a escapar de tales situaciones. El refuerzo positivo, por el contrario, es lo que origina, mantiene y cambia las conductas. Esto como principio general. Lo "positivo" viene de su carácter de premio o de la sensación placentera y satisfactoria que produce en el individuo ejecutor. De ahí que las técnicas que usan refuerzo positivo se utilicen, preponderantemente en los depresivos, como un antídoto contra la baja frecuencia y poca intensidad de sus conductas, especialmente de su ánimo.

Pero el refuerzo positivo no es solamente un antídoto para el depresivo; es mucho más que eso. Es una parte importante de la sintonía que se establece entre los amigos. Pienso que podría llegar a constituir una nueva manera de hablar del amor entre los seres humanos. Skinner decía que Jesús era el descubridor del valor del refuerzo positivo y que, sabiendo manejar este refuerzo, se podía cambiar el mundo y, en primer lugar, al hombre mismo. Amar y ser amado es una dimensión fundamental de la felicidad humana. No poder hacerlo, es una de las grandes amarguras y sinsabores en la vida. En el fondo, la teoría del refuerzo positivo es una formulación científica, y en forma afirmativa, de la regla de oro de la espiritualidad judeo-cristiana: "Haz a los demás lo que quieres que te hagan a ti". Esta es

la habilidad social obtenida del condicionamiento operante por refuerzo positivo. Es decir, saber poner las conductas adecuadas, llamadas por eso instrumentales, que, premiando al otro, constituyen en el emisor un "feedback" de autorrefuerzo: sentirse aportando, siendo útil, etc., al otro.

Poder aprender a dar. ¿Qué cosa y cómo? Aplaudir, verbalmente o de otro modo (es decir, dar refuerzo positivo), todo aquello que signifique algo valioso para el otro y que yo sea capaz de sentirlo como tal. Algo que el otro ha pensado, ha sentido o ha hecho. O bien simpatizar con su tristeza y con su fracaso, buscando con él el refuerzo que se ha quitado o que no ha sido capaz de encontrar (recordemos que la proporción entre el esfuerzo y el refuerzo es muy importante).

"Alégrense con los que se alegran; lloren con los que lloran. Tengan un mismo sentir los unos para con los otros" (Rom. 12, 15).

Esto requiere mucho olvido de sí para centrarse en el otro. Ahora bien, la abnegación ha sido muy mal entendida y muchas veces se ha convertido en instrumento de auténtica deshumanización. Un aspecto importante del olvido de sí es el aprender a relacionarse con otros sin miedo ni angustia ("olvidándose de sí"). Hay que tener una serenidad básica para ser capaz de sintonizar con todo lo que uno es: pensamiento, emoción, intuición, sentimiento, etc. De otro modo, la angustia y/o el miedo nos dividen y nos transforman en "cabezotas" o en sentimentales parcelados e incompletos.

Se trata pues, en primer lugar, de dar refuerzo positivo para hacer que los demás se sientan dignos y valorados y, por tanto, un poco más felices. Ser capaz de hacer esto es ya un autorrefuerzo que tenderá a aumentar la probabilidad de mantener o de desarrollar estas conductas aprendidas con paciente ejercicio. Percibirlo en el otro, en sus distintas formas posibles, no puede sino constituir "feedback" positivo para el que lo aportó. Hay aquí una dialéctica de amistad y de felicidad entre los amigos.

En síntesis, destaquemos los elementos que parecen más importantes:

1. Ser capaz de instaurar (emitir) conductas dadoras de refuerzo positivo.
2. Sin miedo ni angustia.
3. Ser capaz de instaurarlas en un aprendizaje cada vez más amplio en el rango de interacción.
4. Ser capaz de sentir si el otro lo disfruta o no.
5. Todo ello se obtiene sólo después de un paciente entrenamiento.